

§ 3. Los apóstatas

[Cf: *La deducción* III, 491-551]

La síntesis crítica no encontró sólo adversarios del tipo de Eberhard, anclados en la tradición wolfiana. Otra sorpresa esperaba a Kant hacia 1790, sorpresa cuyo eco resonará dolorosamente en su alma durante la década que le queda por vivir. De la masa anónima de sus discípulos surgieron algunas figuras de primer orden que, a pesar de su admiración por el maestro común, se dedican a desarrollar en una forma irreprochable la doctrina crítica, pero que en la persecución de la perfección formal no pueden evitar ciertas correcciones doctrinarias. Reinhold, Beck y Fichte son los más notables, y sus exageraciones, desconocidas para el criticismo original, dan impulso a movimientos centrífugos. Kant resintió siempre el choque doloroso de su traición y veía con amargura un viento de apostasía sacudir su escuela.

Ninguna hostilidad entraba en su actitud, pues ellos eran sus principales lugartenientes. Kant acababa de toparse con la sorda oposición de las escuelas, y la estructura del criticismo presentaba en realidad cierto número de debilidades sobre las que se lanzaban sus enemigos. Ahora bien, los kantianos a su vez no esperaban la consolidación del criticismo de la refutación directa a sus adversarios, sino del perfeccionamiento del criticismo mismo. Éste debía formar, según la voluntad expresa del maestro, un sistema rigurosamente deductivo y perfectamente coherente. Ahora bien —según la opinión de Kant—, la *Crítica* no constituía un sistema semejante, sino una simple propedéutica. Por tanto, aquí, el remedio a sus numerosas carencias estaba ya indicado: construir el sistema completo de la filosofía trascendental. Ahora bien, esta investigación sistemática del principio único, del cual surge el trascendentalismo en su totalidad, constituye la verdadera fuerza propulsora de la filosofía en este febril fin de siglo. Kant intervino rara vez personalmente en la lucha, pero las dos páginas contra Fichte, con las que termina en calderón su vida estudiosa, adquieren su plena significación en este marco, y su resonancia psicológica es tan profunda que estamos dispuestos a excusar sus deficiencias lógicas.

La fuente de todas las dificultades es la doctrina de lo

trascendente, a causa de la contradicción entre el agnosticismo que Kant profesa y el papel que le asigna. El dualismo radical entre la sensibilidad y el entendimiento llevaba en germen esta contradicción funesta para la unidad doctrinaria del sistema. Jacobi daba el tono a toda una generación cuando en 1787 lanzaba la frase destinada a hacer fortuna: sin la *Ding an sich* no se entra en el sistema crítico; con ella no se puede permanecer en él. Un kantiano consecuente no puede ser más que un idealista, porque el idealismo es la única conclusión que permite la *Crítica*. Fue éste el programa de la actividad filosófica desbordante a la que asistimos de 1790 a 1800, y que empuja a una minoría a abandonar el criticismo por un escepticismo radical, mientras que la mayoría lo abandona en provecho del idealismo romántico.

El primer apóstata a pesar suyo fue Reinhold, que había abierto el camino para el criticismo en la Alemania científica. Envió en 1789 a Kant su *Versuch einer neuen Theorie des menschlichen Vorstellungsvermögens*, pero Kant le reservó una acogida más bien fría, ya que el éxito de la obra no dejaba de inquietar a la ortodoxia kantiana. Apenas aparecida la *Vorstellungstheorie* fue también presa de los ataques de los ortodoxos. Ella no es un comentario sino que constituye la base que permite hacer del criticismo el sistema de filosofía por antonomasia. La *Crítica* no era más que la introducción; por consiguiente sólo la extensión del plan crítico permite realizar este fin. El criticismo argumentaba en función de las ciencias físico-matemáticas puestas arbitrariamente como un hecho, y concluía entonces, regresivamente, hacia sus condiciones de posibilidad. Reinhold parte del principio cartesiano que implica su propia evidencia, esto es, de la existencia de representaciones en nosotros. El criticismo, por consiguiente, tolera un complemento *a parte ante*. Debido a su urgencia, Kant descuidó el verdadero principio primero. Organizó la doctrina del *Erkenntnis* o del conocimiento científico del objeto, pero esta doctrina debe ser tenida por arbitraria mientras no esté precedida por un análisis más elemental, que descienda hasta el género, cuya especie es, sólo, el *Erkenntnis*. Del hecho de la conciencia, Reinhold deduce toda una epistemología, tomando prestados sus procedimientos al arsenal del criticismo.

Había confiado demasiado en sus fuerzas. En lugar de ser

la rama de olivo, la *Vorstellungstheorie* sólo acierta a ser una tea de discordia. Los kantianos consideraron este trabajo honesto como una apostasía; los wolfianos desenmascararon sus debilidades internas; los escépticos lo acabaron sin misericordia y el *Anesidemo* de Schultze le dio el tiro de gracia. Kant, a pesar de su silencio obstinado, no dejaba de darse cuenta de que se jugaba una partida bastante peligrosa para él, pues cada golpe lanzado contra Reinhold lo alcanzaba a él indirectamente y su doctrina no saldría indemne de la prueba a que la sometía el celo intempestivo de Reinhold. Más que nunca se grababa en su espíritu la convicción de que la *Crítica* sola era la ley a la que no podía uno sustraerse; esta convicción explica la especie de sometimiento a la letra, al que quería reducir, a partir de entonces, a sus partidarios; apenas haya caído el telón sobre este primer drama psicológico, el *non possumus* de Beck será la dolorosa repetición de la experiencia de Reinhold.

Mientras tanto los escépticos demolían en un santiamén el desventurado ensayo de este último. Maimon torpedeaba la doctrina de lo trascendente, y salvaba la unidad del criticismo reabsorbiendo la materia del conocimiento en la actividad cognoscitiva del sujeto. El *Anesidemo* de Schultze fue un desastre para Reinhold, quien después de él desapareció completamente de la escena; en el mismo momento Kant fundaba una última esperanza en su más brillante alumno: J. S. Beck. Kant lo compromete no sólo en las vías de la filosofía, sino que aun le inspira la obra de la que surgirán graves disensiones. Este libro era, naturalmente, un trabajo exegético del criticismo, cuyo primer tomo, aparecido en 1793, lleva como subtítulo *Auf Anrathen Kants*. Era una especie de autenticación. El asunto, sin embargo, se refuerza en 1795 cuando Beck quiere añadirle un tercer volumen bajo el título de *Einzig möglicher Standpunkt aus welchen die critische Philosophie beurtheilt werden muss*.

Todo el mundo —recordémoslo— tenía entre ojos a la doctrina de lo trascendente: unos tenían a la *Ding an sich* por indispensable, otros por incompatible con los principios críticos. Beck se proponía resolver este problema. Es cierto que Kant invoca la *Ding an sich* pero no lo hizo con el fin de acomodarse a las concepciones del público? ¿Y todas las falsas interpretaciones del criticismo no derivan del descono-

cimiento del hecho de que Kant quiso ponerse en el nivel de los lectores, para conducirlos por etapas graduadas hasta sus posiciones personales? Si es cierto, basta corregir la exposición del criticismo y reescribir la *Crítica*. Kant, en efecto —dice Beck—, se ha colocado primero en el nivel dogmático de sus lectores para conducirlos, paso a paso, a su propio nivel trascendental, y ha provocado por esto todos los equívocos que se hallan en su obra. Hay, pues, que cambiar el método. Kant iba de los datos a la unidad sintética. Beck se propone ir de la unidad sintética a los datos y se coloca, por tanto, desde el comienzo, en el punto de vista trascendental.

Beck era demasiado matemático para imitar simplemente a Reinhold. Éste ponía el hecho de la conciencia, para buscar en seguida sus actos constituyentes. Beck quiere que uno se coloque en el punto de vista trascendental por un acto deliberado. El acto originario, único, es el acto de representar, acto que no se comprueba en tanto hecho, sino en tanto invitación a poner el hecho; Beck creía sinceramente no sacrificar nada del criticismo, puesto que la deducción trascendental le parecía la descripción en detalle de este proceso constructivo del acto de conocer. En efecto, Kant partía de la síntesis, no como producto de un acto, sino como el mismo acto constructivo de nuestras representaciones. En la construcción del objeto por este acto originario se plantean tres problemas que se encuentran bajo otros títulos en la *Crítica* kantiana: (1) ¿Qué hay antes del acto originario? (2) ¿Qué es lo que especifica a este acto sintético primero? (3) ¿Qué es lo que especifica a la representación del objeto general como representación de un objeto determinado?

Kant respondía a la primera cuestión con la independencia relativa de la diversidad dada. El realismo dogmático, en el que Kant cae aquí por su método de aproximaciones sucesivas, es innegable. En lugar de ver en la diversidad algo que antecede a la actividad originaria, Beck hace de ella el producto de la síntesis y el término final del proceso del conocimiento objetivo. Por tanto, el acto sintético es el *incipit* absoluto de este conocimiento y ninguna fuerza constrictiva precede ni determina a este acto. Este acto primero no está nunca dado en su indeterminación general: toma siempre la forma de una síntesis determinada o de una categoría. Beck quiere evitar la concepción lógica de la categoría que la con-

sidera un concepto; ella es una función. Es el acto mismo, pero en su determinación concreta. Ahora bien, esta concepción destruye, en su opinión, la dualidad introducida por Kant entre la sensibilidad y el entendimiento, debida una vez más a la adecuación de la doctrina al espíritu de los lectores. La sensibilidad, en efecto, no corresponde a una posición independiente: no hay oposición radical entre la intuición y el concepto; se debe encontrar en el acto sintético mismo la base de su aparente desemejanza. De hecho Beck la explica diciendo que se puede construir una representación sea yendo de las partes hacia el todo, sea yendo del todo hacia las partes. La primera nos entrega las categorías extensivas del espacio; la otra las categorías intensivas de la realidad. La intuición es la representación de una totalidad por el movimiento del pensamiento, vía que va de parte a parte, y el espíritu crea así el carácter espacial de las cosas. Representarse algo por el movimiento de la actividad pensante, que va del todo a la parte, es determinar su carácter de realidad o de algo real empírico. Se sigue de ahí que lo real, en todos sus aspectos, es engendrado por el acto sintético mismo.

En fin, hacía falta a Kant el esquema para operar la unión subsuntiva entre lo sensible y lo intelectual. Beck necesita la misma doctrina para resolver su tercer problema, pero él rechaza, con justa razón, la subsunción, procedimiento demasiado exterior para hacernos entrar en el mecanismo del acto que constituye la unidad. El acto es determinado —según él— cuando concurrentemente con el espacio construye el tiempo. El acto representativo era un movimiento del pensamiento que, en el caso de la construcción espacial, va de las partes al todo. Cobrar conciencia de este movimiento es fijarlo o representarse un tiempo determinado, y la representación del tiempo determina, por el mismo hecho, el acto originario que la ha engendrado.

He ahí —sumariamente descrita— la posición de Beck, que seguramente diverge de la de Kant más de lo que él quiere admitir. Tal criticismo no podía salir más que de un espíritu matemático, que nota que las matemáticas evitan el espinoso problema de lo trascendente, por el procedimiento constructivo que se encuentra en su base. Ahora bien, en la segunda edición de la *Crítica*, la doctrina de la objetividad había presentado analogías notables con este procedimiento, gracias a

la síntesis que, desembarazada del aparato psicológico, muestra su función objetivante en la creación del objeto. Modelando la síntesis crítica según el tipo de la construcción matemática, Beck ha simplificado considerablemente el proceso de la deducción. Suprime así todo lo que tiene que ver con los datos; rechaza la dualidad sensitiva-intelectual y hace proceder todo: datos, intuición y concepto, de un mismo acto sintético constructivo. Y no se puede decir que Beck haya mistificado a su maestro: él lo tuvo escrupulosamente al corriente cuando su idea personal del *Standpunkt* le pareció segura.

Nada en la actitud de Kant, en sus cartas a Beck, hizo prever el desencanto final. Kant da consejos de precisión y claridad, pero sin que nada permita prever la revolución que Beck iba a operar en el campo del maestro. A partir de 1794, el maestro se encerraba en el mutismo más absoluto. Pero se sintió herido cuando Schultze, su fiel conciudadano, hizo un informe muy negro sobre la obra de Beck, diciendo que éste eliminaba como inútil a la estética y que construía las cosas por el entendimiento. Ahora bien, estas originalidades eran publicadas casi bajo el patrocinio de Kant, y el patrocinio se hacía singularmente equívoco porque protegía una mercancía de contrabando. Sin intervenir en el asunto, Kant no se molestaba de que un joven, Tieftrunk esta vez, hubiera querido encargarse de hacer la réplica. El segundo asunto trascendental termina así para Kant en un silencio pleno de disgusto, pero ha causado un efecto considerable en su pensamiento. Su tenacidad en aferrarse a sus propias expresiones y concepciones no debe engañarnos: el funcionalismo de Beck pasó insensiblemente a Kant, quien sin darse cuenta, quizá, iba a integrarlo en las páginas del *Opus postumum*.

Mientras tanto había, como centinela del trascendentalismo, alguien que captaba el menor rumor que se le relacionara. Era J. G. Fichte, quien se había lanzado al criticismo teórico por obligación y al criticismo moral por gusto. Toda la personalidad moral de Fichte se encuentra en esta frase: temperamento activo y moral; su necesidad de convicciones chocaba con el negativismo de la *Crítica* teórica. Ésta no habría podido ligar al espíritu del joven Fichte si él no se hubiera dado cuenta de que era una introducción indispensable a la prestigiosa moral, que había realizado su conversión tan sú-

bita como total al criticismo. Fichte se inscribió en el curso de Kant, quien lo recibe con cierta frialdad, y, para conciliarse la gracia del maestro, redacta su *Ensayo sobre la revelación*, que cambia la opinión de Kant sobre su alumno, al grado de procurarle un editor.

Con todo, Fichte no resintió nunca una estrecha dependencia frente a Kant, pues él también había percibido claramente los defectos formales inherentes al sistema crítico, y como si un mismo espíritu dirigiera toda esta época, Fichte rechazará, igual que Reinhold y Beck, la exposición del criticismo y buscará el verdadero fundamento de la filosofía trascendental, que Kant había adivinado pero cuyos principios no había sabido develar. Fichte se sentirá animado en esta decisión, al tener conocimiento de la crítica que el escepticismo dirige contra la *Vorstellungstheorie* de Reinhold, y si el crédito de este último quedaba completamente arruinado en su espíritu, la misma crítica había tenido el don de hacerlo cada vez más desconfiado hacia la doctrina kantiana. La fe en la filosofía *qua talis* sobrevivía a esta crisis y la *Wissenschaftslehre* [*Doctrina de la ciencia*], que desarrolla sucesivamente de 1794 a 1797 en algunas obras y opúsculos de juventud, lleva las trazas tanto de esta fe como de su desconfianza hacia el maestro común. La doctrina de Fichte es la ciencia de la ciencia. Ésta consiste en un todo organizado por un principio único, que reside en el acto del pensamiento puro. Todo el saber comienza así por un acto absolutamente primero, en el que se reabsorbe la dualidad kantiana del sujeto y el objeto de conocer. Este acto se resuelve en tres actos subordinados: la tesis del sujeto por él mismo, la antítesis del no-yo respecto del yo, y su síntesis.

En este acto, el yo se revela como una actividad y el no-yo como una pasividad, pero contrariamente a Kant —que separa radicalmente receptividad y espontaneidad—, Fichte las liga en un solo acto indivisible del yo, que se pone como sujeto y como objeto. Es natural que esta posición se identifique con el idealismo y vemos a Fichte eliminar la cosa en sí. Una de las originalidades de su doctrina de la ciencia consiste, justo, en la exposición de la percepción, que en lugar de estar ligada orgánicamente a una materia extraña dada, recupera su lugar, más fuertemente aún que en Beck y Maimon, entre las actividades originarias del sujeto pensante.

La *Wissenschaftslehre* suscita, a su vez, amargas réplicas, pero Fichte no era hombre para asistir en silencio a este concierto desfavorable. Lanza, una tras otra, dos introducciones a la *Wissenschaftslehre*, de las cuales una se dirige a Schelling y la otra responde a los kantianos ortodoxos. En este momento los caminos de Kant y de Fichte van a cruzarse, porque el asunto Beck debía implicar el caso Fichte, en el espíritu de Kant. Kant fue casi obligado en 1797 por un tal Schlettwein a declarar públicamente quién, Reinhold, Beck o Fichte, debía ser considerado como el fiel comentador de su doctrina. Kant se pronunció contra ellos y a favor de su *amanuensis* Schultze, y los tres criticistas fueron así condenados con excomunión mayor. El año siguiente, un crítico anónimo repetía en un cuaderno de la *Literaturzeitung* de Erlangen, que Kant era el maestro, Reinhold el propagandista y Fichte el filósofo trascendental por excelencia, y que era muy deseable que Kant se explicara claramente en relación con la doctrina de este último. Con la colaboración de Schultze probablemente, Kant redactó entonces, en 1799, la famosa declaración contra Fichte, que constituye su última contribución pública a la filosofía trascendental. La *Literaturzeitung* de Jena, siempre devota aún, se apresuraba a publicarla el 28 de agosto.

Lo que aparentemente hería más a Kant en la apostasía de sus tres discípulos, y sobre todo de Fichte, era la acusación de haber dejado inacabada la obra crítica. Esto lo hería, puesto que la terminación de la síntesis crítica había obnubilado el plan esbozado en la *Crítica* teórica, y puesto que veinte años de reflexiones constantes sobre la filosofía trascendental lo habían conducido a identificar criticismo y filosofía. Se comprende entonces que la pretensión de Fichte le pareciera un total desconocimiento de su pensamiento y no menos se comprende que su amor propio sufriera con ello, cuando comprobó el desafecto del público hacia el criticismo ortodoxo. La declaración pública de Kant, contra la que Fichte reaccionó con dignidad, fue sin embargo muy dura y contribuyó a hacer palidecer la estrella de Fichte. Empero el verdadero beneficiario de ella no fue Kant sino Schelling.

En la primera parte de esta declaración Kant protesta enérgicamente contra la identificación del criticismo con la *Wissenschaftslehre* de Fichte. Es más importante para nos-

otros la otra parte. Fichte pretendía que el criticismo en la exposición kantiana se reduce a una simple propedéutica. Ahora bien —replica Kant—, yo he dado una caracterización completa del verdadero criterio de una ciencia de razón pura. El criticismo era pues, en su opinión, el sistema completo de la filosofía trascendental. No es Fichte, desgraciadamente, sino Kant quien es víctima aquí de una ilusión y de un molesto olvido, puesto que él había repetido hasta la saciedad que la *Crítica* no es el sistema trascendental sino su introducción. Pero a medida que Kant llevaba a buen término la empresa crítica, las *Críticas* se convertían en la filosofía trascendental misma, y en lugar de atenerse al plan muy simple esbozado en la *Crítica* teórica (crítica-metafísica de la naturaleza-metafísica moral), se nos ha manifestado ya, en la odisea del pensamiento de Kant, que desde 1787 el esquema del sistema de la filosofía se había modificado notablemente. La filosofía trascendental que comprende las tres *Críticas* es el prefacio, en su conjunto, de la doble metafísica de antaño. Por tanto si Fichte estaba en error, Kant sólo debía echarse la culpa a sí mismo. En lo que se refiere al argumento que él invoca, esto es, el haber elevado la caracterización completa al rango de criterio de verdad de una ciencia de razón pura, es de poco peso en la discusión. En efecto, Kant hizo eso en la deducción metafísica y en la *Methodenlehre*, pero a unas cuantas páginas de distancia designaba aún a la *Crítica* como una propedéutica.

Cuando lanzamos una mirada hacia atrás tenemos la impresión de haber bordeado sin cesar un drama psicológico cuya gravedad y extensión revela la declaración contra Fichte. Es, incluso, un triple drama el que atraviesa el crepúsculo de la vida de Kant: el drama del espíritu, el drama del corazón y el drama de una época. Kant ve cómo los defectos y las insuficiencias de su sistema son puestos al desnudo. Es un sistema poco franco a causa de sus propias tendencias conciliadoras, hecho todo de matices que resultan de sus constantes escrúpulos. Al incluir, en consecuencia, convicciones de inspiración divergente, el sistema estaba cargado de explosivos que, al primer choque, iban a hacer saltar el cuadro frágil y estrecho de sus ideas. Tesis como lo trascendente, la dualidad entre nuestras facultades, el carácter simplemente provisional e introductorio de la *Crítica*, aparecen junto al fenomenismo